

EL KITSCH RELIGIOSO Y FUNERARIO

El kitsch no reconoce fronteras. Es capaz de alcanzarlo todo y desvirtuarlo. El hombre kitsch muestra incluso especial interés por los grandes temas, que trivializa al apropiárselos. La religión es actualmente campo abonado para el ingenio kitsch.

J. CORREDOR-MATHEOS



De izquierda a de

COMO hace notar Ludwig Giesz, "le permite enfrentarse con lo más trascendente —Dios, santos—, no con visión numinosa (R. Otto), sino con sentimentalidad íntima". Dios no se convierte así en el "Dios amado", en el "dulce" y "adorable Niño Jesús"; los ángeles, en vez de ser los seres terribles de que habla Rilke, se transforman en "bellas hermafroditas" o, incluso, en amorcillos y angelotes (1).

El tema de la muerte, tan relacionado con la religión, es también objeto preferente del kitsch. De la muerte se toma su atractivo, su carácter fascinante, y se lo aísla del resto del problema. Porque, y esto me parece fundamental para la comprensión del kitsch, se elude toda dificultad o esfuerzo, y se convierte el tema, sea el que sea, en motivo de halago. El hombre kitsch es Narciso, y su estética, exclusivamente onanista. El mundo, en el caso improbable de que exista, está para amueblar el confortable interior del yo y contribuir a darle placer. Quizá no sea muy correcto hablar de estética, a no ser que se entienda por ella el resultado de aislarla de lo real.

Esta reducción facilita el acceso a cualquier tema. Cuanto más prestigioso sea —y el complacerse en su altura resulta acentuado—, más grande será el riesgo. Para decirlo con las palabras que aplica Hermann Broch al Romanticismo, cualquier resbalón se convierte entonces en una ruinosa caída desde las alturas cósmicas —y metafísicas, en el caso de la religión y la muerte— hasta el kitsch.

Estamos hablando de una deter-

(1) Ludwig Giesz: Fenomenología del kitsch. Versión castellana: Cuadernos Infimos, Tusquets Editor, Barcelona, 1973, página 63.



Recuerdo turístico de Venecia: Cristo de plástico sobre conchas, quizá procedentes de algún restaurante de la localidad.

minada sociedad, la nuestra, ex cristiana, donde, por la disociación entre las distintas partes y su enfrentamiento, estos resbalones tienden a producirse con frecuencia. Me atrevería a decir que actualmente la religión del mundo occidental es kitsch, porque no parte casi nunca de una verdadera experiencia, sino de una costumbre o una voluntad, y, por supuesto, de

un interés y una complicidad con otros poderes. El pueblo religioso queda abandonado al kitsch porque no se le puede ofrecer, sin esfuerzo —y nadie está dispuesto a hacerlo—, nada más.

Observemos que no puede existir hoy un arte sagrado sin que caiga en el kitsch. El templo, antes la imagen más visible y emblemática, incurre en el revival goticista por-

que, aunque no se confiese, se piensa que la religión, esa religión, es cosa del pasado. Y Gaudí levanta la Sagrada Familia, que ya desde su concepción —no hablemos del glorioso monumento que es en este sentido su continuación— era un magnífico ejemplo de kitsch. No han sido mucho más afortunados los intentos de modernizar las formas y los espacios: hangar, garaje o almacén, los nuevos templos no evocan ni connotan sentimiento religioso alguno, aunque se trate del lecorbuseriano Ronchamp.

Seguramente, un arte religioso puro, un fenómeno religioso puro, no interesa a casi nadie, incluidas las legiones de bonzos y yoguis que —salvo raras excepciones— muestran tanto interés en apropiarse los signos externos de las doctrinas orientales, pero evitan cuidadosamente todo esfuerzo. La comodidad, he aquí una de las cuestiones fundamentales de nuestra época, pilar del kitsch. Comodidad y cobardía ante los problemas fundamentales del hombre. Pero quizá ni la muerte ni la posible trascendencia sea un verdadero problema, y éste surge al negarlos, como hace neuróticamente el kitsch. Este magnífica, hincha todo lo que toca, para que el hecho mismo se evapore o quede oculto. Los objetos crecen, se multiplican innecesariamente, buscando la redundancia; se brillantan, evitando pliegues, oquedades; se amontonan en las casas, tapándose unos a otros; funcionan a la vez la televisión, la radio, el tocadiscos. El cúmulo de objetos, muebles, sonidos, higiene, seguridades, vestidos, movimientos culturales sucesivos o simultáneos parecen destinados a tapan tanto lo natural —que ahora, previamente descontextualizado, se recupera e



cha: Conicero, recuerdo de San Antonio de Padua; composición para anunciar un nacimiento y efígie de Juan XXIII.

inserta en el mundo kitsch— como el vacío.

Si: el kitsch nace cuando se oculta el vacío que debe ser cualquier forma. Una vasija —recordémoslo— es ante todo un hueco creado por la forma y que permite ser llenado para cumplir una función. Cuando este vacío llega a desaparecer o queda oculto por la decoración, hasta el punto que ésta dé el significado a la vasija, estamos ante el kitsch. La religión y la muerte se convierten en kitsch cuando el vacío que son es escamoteado.

Ved, en el lugar del oscuro agujero, de la ventana del *mysterium tremendum*, la pompa kitsch de los sagrados corazones sadomasoquistas, los "souvenirs" turísticos de los lugares de peregrinación, convertidos en grandes almacenes del consumo pseudoreligioso. Todo un mundo frondoso, fruto de la degeneración de las formas tradicionales, para pasto de la beatería o del simple afán consumista. Porque estos objetos no constituyen, en realidad, algo aparte en el delirio misticador del libre mercado: "La mayor parte de lo que hoy se produce y se ofrece al consumidor es de mal gusto (...) y no es posible —comenta Karl Pawek (2)— descargar la culpa del kitsch cristiano en las espaldas de las gentes sencillas", porque estas "gentes sencillas" ya no existen. Han entrado a formar parte de la más vasta y dilatada "sociedad de consumo".

Como la religión, la muerte se presenta como kitsch cuando deja de ser considerada como un vacío. Para evitar el pavor que produce su

contemplación se cubre con galas, mantos, ropajes, tramoya, una escenificación que, como ocurre siempre en el kitsch, está destinada a taparnos lo real: lo que nuestros ojos vieron, pero un intelecto temeroso se empeña en no aceptar, lo que el intelecto sabe y los ojos se resisten a ver. El kitsch de la muerte es el kitsch por excelencia. Añadiré algo más: todo kitsch connota la muerte, es muerte: del objeto, del observador que no desea observar, de la verdadera creatividad. Broch distingue "entre la superación de la muerte y la huida de la muerte, entre la iluminación de lo irracional y la huida de lo irracional". Porque —concluye— "el kitsch es huida, una huida incesante hacia lo racional" (3).

Se pretende entender la muerte. Clasificarla, como un hecho vital más. La huida a lo racional está en la esencia del kitsch. La muerte ha de caber en determinados esquemas, y amansarse. "Podría decirse —son palabras ahora de Ludwig Giesz— que el kitsch consigue transformar las 'situaciones límite' de la existencia humana (Jaspers) en conmovedores idilios, y sustituir los dramas numinosos (miedo, veneración, oración, desesperación, etcétera) por una agradable emotividad" (4).

La muerte ya no será —en tanto se permanezca en ese nivel superficial— un misterio, sino una agradable sombra, una punzante curiosidad, algo que se cubre con una montaña de cosas que, aludiéndola, la eluden. Los cementerios, sobre todo en las grandes ciudades, son kitsch: no sólo las grandes

tumbas, los panteones, sino los nichos, con sus lápidas, retratos, flores artificiales, dedicatorias. Se es consciente de que todo es innecesario, pero con ello se pretende olvidar un vacío al que no encontramos verdadero significado, aparte del término. No resistiré a la tentación de recordar la excepción con los pequeños cementerios de aldea, en la cual el campesino vive, o vivía, en contacto con la Naturaleza, aceptando con naturalidad las cosas como el vacío que son.

¿Hacemos excepción también con todo el repertorio de la muerte en Méjico: sus esqueletos y marichis de dulce? ¿Bordean o caen en el kitsch? ¿Cuáles son los límites que debemos poner al entendimiento de éste, si es que tiene realmente límites? Algunas cosas que parecen kitsch, ante las cuales se encienden todas nuestras señales de alarma, no lo son mientras ocurren en el hombre actitudes y objetos de la más irreprochable —lo que puede ser un signo sospechoso— y digna espiritualidad. ¿Qué pasa con la coronación de un Rey o Presidente, con la inauguración del curso en el aula magna de una Universidad, qué pasa, naturalmente, con una fiesta de Comunión, con casi cualquier fiesta premeditada, con casi todo acto social en nuestra sociedad kitsch, donde el miedo a caer en el kitsch es pecado kitsch, donde el considerar el kitsch como pecado es kitsch, tanto como complacerse en él, donde probablemente es kitsch discutir sobre él?

¿Son kitsch las pirámides faraónicas o lo es la mirada cuando cree descubrirlo en ellas? ¿Es necesariamente kitsch la dama norteamericana —millonaria, claro está— que dejó dispuesto que a su muerte fuera enterrada al volante de su

magnífico automóvil? ¿No hay una duda razonable de que se trata de una travesura limpia, inocente, de una suprema muestra de humor? ¿Pero no está ya en la misma raíz del humor el germen del kitsch?

Evitemos, al hablar del kitsch, caer en el maniqueísmo. El kitsch es connatural en el hombre. No es kitsch nunca la Naturaleza. Alguien lo ha dicho, pero no puede ser cierto. El paisaje de la Suiza de postal no es kitsch; puede serlo el ánimo del que hizo la postal y de quien la compra, aunque tampoco necesariamente. Un perro es con frecuencia kitsch porque lo hemos hecho así nosotros, pero no lo es nunca un animal libre: ni lo sería ningún hombre verdaderamente libre. El kitsch, en todo caso, nace de la falta de libertad interior. Implica falta de espontaneidad: un consumado arquero zen no es kitsch, pero corremos el riesgo de serlo nosotros al admirarlo y desear ser como él.

"La muerte —escribe Dorflès—, que era estudiada, respetada, quizá amada, seguramente 'tomada en serio', hoy es domesticada, mimetizada y sobre todo adulterada" (5). Es espejo de nuestra sociedad, y sobre el negro agujero se amontonan objetos que no tienen sentido alguno, del mejor mal gusto (o del peor buen gusto). De grandes temas de meditación, de fundamentos de la vida colectiva, la religión y la muerte han pasado en nuestra sociedad a problemas de pastelería, con el amontonamiento inútil, estéril, de objetos y más objetos bellos, destinados a adornar nuestra vida y a impedir que la sintamos como un vacío, desembarazado, practicable y libre.

(5) Gillo Dorflès: El kitsch, Antología del mal gusto. Versión castellana: Editorial Lumen, Barcelona, 1973, pág. 135.

(2) Karl Pawek: El kitsch cristiano. En El kitsch. Antología del mal gusto, de Gillo Dorflès. Versión castellana: Editorial Lumen, Barcelona, 1973, págs. 144-145.

(3) Hermann Broch: Kitsch, vanguardia y el arte por el arte. Versión castellana: Tusquets Editor, Barcelona, 1970, pág. 11.

(4) Ludwig Giesz: obra citada, pág. 53.